

dad de un reino fuerte que afirmara la independencia nacional, y expresó con claridad su deseo de agrupar bajo su cetro las poblaciones de Toscana. Pero añadió prudentemente, porque aún tenía muchas cosas que considerar: «La realización de mis deseos no puede tener efecto sino en virtud de las negociaciones que se celebren sobre los asuntos de Italia. Fortalecido con los derechos que vuestra resolución me confiere, sostendré vuestra causa ante las potencias, y sobre todo ante el magnánimo emperador de los franceses, que tanto ha hecho por la nación italiana. Confío en que Europa no se negará á llevar á cabo, respecto de Toscana, la obra de reparación que en circunstancias menos favorables realizó en otro tiempo en favor de Grecia, de Bélgica y de los Principados.»

Aquel mismo día Víctor Manuel dió un banquete en honor de los delegados toscanos. Por la noche se iluminaron los edificios públicos.

El 5 de septiembre el príncipe de La Tour d'Auvergne escribía al conde Walewski:

«El fondo y la forma de la respuesta del rey, que el general Dabormida, ministro de Negocios extranjeros, había modificado todo lo posible con arreglo á nuestras observaciones, han obtenido por lo general la aprobación de las personas moderadas y de aquellos de mis colegas del cuerpo diplomático con los cuales he podido hablar del asunto; pero la prensa liberal á duras penas disimula su decepción, y aun me aseguran que la misma comisión toscana, á pesar de las muchas pruebas de simpatía de que ha sido objeto, dista mucho de estar satisfecha.»

En resumen, todo permanecía aún en suspenso. Todos se preguntaban lo que decidiría el Congreso, cuya reunión se consideraba entonces próxima é inevitable. Napoleón III no había dicho aún su última palabra. Todas las miradas estaban fijadas en él, pues se comprendía que, en realidad, era el árbitro de la situación.

LXVII

PARMA

Había en la Italia central un trono que Napoleón III y la emperatriz Eugenia hubieran deseado en extremo que se respetara: el del duque de Parma. El duque, nacido el 9 de julio de 1848, no había cumplido once años cuando estalló la guerra de Italia. Su madre Luisa de Francia, nieta de Carlos X, hija de los duques de Berry y viuda del duque Carlos III, gobernaba como regente desde el 27 de marzo de 1854, día en que este príncipe fué asesinado.

La princesa había nacido el 21 de septiembre de 1819, un año antes que su hermano el conde de Chambord. En París, los ancianos se acordaban de haberla visto niña aún, cuando llevaba el nombre de *Mademoiselle* y su gentileza atraía todas las miradas. Napoleón III, que se sentía también amenazado por el puñal de los asesinos, se condeció de la suerte de Carlos III y tenía verdadero interés por una princesa cuyo abuelo había sido destronado, su hermano privado de su herencia y su padre y su marido asesinados. La emperatriz Eugenia, que tal vez presintiera ya que habría de ejercer la regencia en circunstancias dolorosas, sentía simpatías de mujer y de soberana por la duquesa, cuyas virtudes, inteligencia y valor admiraba. Los ministros de Francia en Toscana estaban también acreditados en el ducado de Parma, y todos alababan á la duquesa regente, cuyo gobierno era, como decía lord Clarendon, «un poder dulce, moderado, lleno de indulgencia y de sano juicio.» La emperatriz Eugenia se interesaba por la duquesa, primero por generosidad de sentimiento, y luego porque comprendía cuánto agradecería el partido legitimista al emperador que prestara su apoyo á la hermana del conde de Chambord.

Aparte de esto, la política de la duquesa de Parma estaba en armonía con las miras de Napoleón III. Lo que ella deseaba en Italia era el establecimiento de una Confederación independiente de toda influencia extraña. Desde que era regente, había aprovechado todas las ocasiones de hacerse agradable á Francia y á su soberano. Más de una vez se habían quejado en Viena de que era demasiado liberal, demasiado francesa y demasiado italiana.

Cuando la duquesa salió de Parma, adonde ya no debía volver, el 9 de junio de 1859, mostróse tan digna en su partida como lo había sido durante toda su regencia.

Después de haberse despedido noblemente de su pueblo y de sus soldados,

salió tranquilamente de su palacio en coche como si fuera á dar un paseo, y se alejó saludada y respetada de todos.

Algunos días después, el 23 de junio, un secretario de la legación de Francia en Florencia, el conde de Mosbourg, que acababa de recorrer la Italia central para echar una ojeada sobre la situación, escribía al conde Walewski: «Llegado el 17 de junio á Milán, he salido el 20 para Plasencia y Parma. La población era sinceramente adicta á la duquesa. No me ha sido difícil convencerme de ello por el modo como se habla de esa señora en el país del que no ha sido expulsada, sino del que se ha marchado, terminando su gobierno con actos cuya cordura y moderación todos encomian. La duquesa de Parma ha partido dejando millón y medio en las cajas y sin llevarse ni un objeto de los que llenaban el elegante palacio en que vivía. Se ha marchado dejando muchos y gratos recuerdos, habiéndosele prodigado á su paso continuas muestras de respeto y de cariño. La casualidad me ha hecho reunir interesantes detalles acerca de su viaje. Se había detenido en Verona donde el emperador de Austria fué á verla pasando breves instantes con ella. Inmediatamente después de esta visita ha querido partir, y como no había tren próximo, ha dicho á su comitiva que no dormiría en Verona y ha tomado un tren especial para continuar su viaje. Sé este detalle por un diplomático que tuve por colega en Viena y que ha acompañado á la duquesa hasta Suiza.»

El conde de Mosbourg añade en su informe que el duque de Módena, muy diferente en esto á la duquesa de Parma, se llevó todo cuanto le fué posible; no había dejado en su palacio más que las cuatro paredes y le habían acompañado á Mantua cincuenta detenidos políticos.

La actitud del duque de Módena y de la duquesa de Parma eran enteramente diferentes: el duque se establecía en territorio austriaco; la duquesa se refugiaba en Suiza. El duque procuraba estrechar los vínculos, tan estrechos ya, que unían á su ducado con Austria; la duquesa hubiera querido que su hijo fuese completamente independiente. Esta fué la causa de que el emperador Francisco José, que cuando la entrevista de Villafranca abogó con tanto calor por la causa de sus parientes el gran duque de Toscana y el duque de Módena, ambos archiduques, no se ocupara de la duquesa de Parma ni del joven soberano de este ducado.

La duquesa regente habría podido esperar que hallaría disposiciones favorables por parte del rey Víctor Manuel. Su marido el duque Carlos III, educado con el rey, había pasado su juventud en Turín y servido en el ejército piamontés: ella misma había estado íntimamente unida con la esposa del rey, la reina Adelaida, archiduquesa de Austria, fallecida en enero de 1855. Pero la duquesa de Parma conocería en breve que la política no tendría piedad de la viuda ni del huérfano.

Sin embargo, la pobre madre contaba con Francia y quizás también con Rusia. El duque de Montebello, embajador de Napoleón III en San Petersburgo,

había escrito el 29 de julio al conde Walewski: «La suerte del ducado de Parma, sobre el cual no se ha dicho una palabra en los preliminares de Villafranca, preocupa mucho al gabinete de San Petersburgo. La duquesa de Parma ha escrito al emperador de Rusia recomendándole la causa de su hijo. El príncipe Gortchakoff no pone en duda que el joven príncipe sea mantenido en su soberanía. Hame dicho que sabía que el emperador estaba animado de las mejores disposiciones en su favor. Piensa además que Europa no podría reconocer á los Estados beligerantes el derecho de disponer de una soberanía italiana.»

El gobierno piamontés, por su parte, estaba decidido á considerar como nulas las simpatías que Napoleón III y Alejandro II pudieran manifestar por el joven duque de Parma. El 16 de junio había nombrado al Sr. Pallieri gobernador del ducado en nombre del rey Víctor Manuel, y Pallieri hizo en Parma lo que el barón Ricasoli en Florencia y Farini en Módena. Como los preliminares de Villafranca no mentaban para nada al ducado pamesano, se fingía creer en Turín que este silencio significaba anexión. El conde de Cavour telegrafió á Pallieri el 13 de julio: «Parma debe quedar anexionada á Cerdeña. Haced prestar juramento al rey y proceded con la mayor energía.» Sin embargo, como Cavour presentó su dimisión, el gobierno piamontés, que no se atrevía aún á arrojar la máscara, hubo de quitar de los edificios públicos de Parma el escudo de Saboya y de llamar á Turín á Pallieri. Pero éste, antes de retirarse, dejó en el ducado, so pretexto de mantener el orden, un delegado, Manfredi, cuyo único cuidado fué preparar la anexión á Cerdeña.

Así pues, la duquesa de Parma no tenía más que una esperanza, el Congreso.

L X V I I I

MÓDENA

Si Napoleón III tenía simpatías por el joven duque de Parma y sobre todo por su madre, en cambio no tenía ninguna por el duque de Módena Francisco V.

De todas las dinastías de Europa, la más reaccionaria, la más intransigente, la más opuesta á las ideas napoleónicas, al liberalismo y á las instituciones parlamentarias, era la dinastía de Módena. Tenía igual horror á la bandera tricolor italiana y á la bandera tricolor francesa. Cuando Francisco IV, padre de Francisco V, subió al trono ducal en julio de 1814, su primer cuidado fué abolir en su ducado el Código Napoleón. La revolución francesa de 1830 le causó una cólera y una indignación sin límites. Mientras las cortes de Turín, Florencia y Nápoles se creían obligadas á guardar consideraciones á Luis Felipe, el duque de Módena se vanagloriaba de desafiarle, y fué el único soberano de Europa que se negó á reconocer al rey de los franceses, en el cual se obstinaba en no ver más que un usurpador. Había ofrecido en su palacio ducal de Massa un asilo á la duquesa de Berry que, teniendo allí una reducida corte compuesta de los legitimistas más furibundos, había preparado ostensiblemente el levantamiento vendeano de 1832.

Francisco V, que subió al trono en 1846, prosiguió por todos conceptos la equivocada política de su padre. Su hermana estaba casada con el conde de Chambord; pero el duque era infinitamente más absolutista que su cuñado, el jefe de la rama mayor de los Borbones. Mientras todas las cortes de Europa prodigaban atenciones á Napoleón III, él observaba respecto de éste la actitud más fría y más reservada, llegando hasta negar la autorización de llevar la medalla de Santa Elena á aquellos de sus súbditos que habían servido bajo las banderas de Napoleón I.

Francisco V tenía á gala obrar en toda circunstancia como un buen archiduque, como lugarteniente adicto al jefe de su familia, el emperador de Austria, como un general del ejército imperial y real. Cuando estalló la guerra de Italia se apresuró á hacer ocupar á Módena y Reggio por los austriacos, mientras él, con un pequeño ejército con el cual creía poder contar, se encerró en su fortaleza de Brescella, adonde se llevó y de donde trasladó más adelante á Venecia sesenta mil libras del tesoro, las alhajas de la corona, las medallas de los museos

y los manuscritos preciosos de las bibliotecas. Al recibir la noticia de la batalla de Magenta, no se consideró ya seguro en su fortaleza y se refugió en el territorio austriaco, en tanto que Farini llegaba á Módena en calidad de comisario piamentés.

Farini era discípulo de Cavour, pero de origen obscuro, necesitado hasta la pobreza, sectario ardiente y fanático y más avanzado en sus ideas demagógicas que su maestro. Había en Europa pocos revolucionarios tan audaces y fogosos como aquel conspirador, para quien la política era á la vez una pasión y un lucro. La noticia de los preliminares de Villafranca le puso literalmente furioso. «No me dejéis sin instrucciones, dijo por telégrafo al conde de Cavour. Tened entendido que si, por efecto de un convenio del que yo no tuviera noticia, el duque hiciera alguna tentativa, le trataría como enemigo del rey y de la patria.» Cavour había presentado ya su dimisión cuando recibió este despacho, y respondió con esta sola frase: «El ministro ha muerto; el amigo aplaude vuestra determinación.» Poco después el gobierno de Turín daba á Farini la orden de retirarse; pero no hizo caso de ella, y después de quitarse el uniforme de comisario piamentés, salió al balcón del palacio de Este, y ante la muchedumbre reunida en la plaza proclamó su propia dictadura.

Con dificultad podían esperar los austriacos que Napoleón III favoreciera la causa de un príncipe de los antecedentes y principios del duque de Módena. Exigir de este príncipe que entrara en una Confederación italiana que tuviera por base las ideas liberales y el parlamentarismo, era pedirle un imposible. Considerándose como vencido de Solferino, estaba resuelto á no pactar jamás con los vencedores.

Por otra parte, si Napoleón III no había conservado un mal recuerdo de Toscana, donde su padre y su hermano mayor, desterrados de Francia, hallaron hidalga hospitalidad y donde la familia gran ducal les había manifestado disposiciones benévolas, en cambio el ducado de Módena sólo despertaba en la mente del emperador impresiones funestas. No olvidaba con cuántos celos y angustias había cruzado por aquel territorio con su madre, gracias á pasaportes falsos, cuando huía después de su lamentable participación en la insurrección de las Romañas en 1831. El duque Francisco IV acababa de enviar al cadalso á muchos patriotas italianos, y Luis Napoleón, su cómplice, tenía motivos de temer el mismo fin, si llegaba á ser conocido y preso.

Así como las simpatías francesas parecían faltar de todo punto á Francisco V, así también el emperador de Austria debía tener empeño en defender los derechos de un pariente que, en los días de prueba, le había atestiguado tanta confianza, abnegación y fidelidad, y aun puede causar extrañeza que Francisco José no hubiera tenido más persistencia en auxiliar á un soberano que más bien era súbdito que aliado suyo.

Si el emperador de Austria hubiera sido, como conservador, tan atrevido como lo era Farini como revolucionario, habría ayudado al duque de Módena á

equipar algunos regimientos seguros, compuestos exclusivamente de hombres que no pertenecieran á la nacionalidad italiana, y con estos regimientos el duque habría podido recobrar su ducado. Al retar á aquel príncipe, Farini no dejaba de proceder con temeridad, porque Francisco V estaba muy cerca de la frontera aguardando con impaciencia la ocasión de volver á sus Estados y contando con el auxilio de Austria, pero Austria no se lo prestó.

El emperador Francisco José creía tal vez que las tropas francesas dejadas en Lombardía se opondrían á toda restauración. Sin embargo, no era cierto que Napoleón III, que se había vuelto muy pacífico, se expusiera á comenzar otra vez la guerra por sostener la dictadura de Farini. Viendo éste que podía continuar tranquilamente su obra, convocó en Módena una asamblea que el 19 de agosto aprobó por unanimidad la destitución del duque y la anexión del ducado á Cerdeña.

Napoleón III no deseaba en modo alguno la restauración de Francisco V, pero recomendaba que subsistiera la autonomía modenese. Tratóse por un momento de anexionar los Estados del duque de Parma á Cerdeña y dar como compensación al joven soberano el ducado de Módena; pero semejante arreglo tenía pocas probabilidades de éxito. Austria debía pensar en efecto que nada sería más contrario á sus principios legitimistas que semejante sustitución. Al aceptarla la duquesa regente para su hijo, ¿no se habría hecho solidaria de las usurpaciones piamontesas, y no habría colocado el derecho revolucionario sobre el derecho divino? Si la duquesa de Parma era hermana del conde de Chambord, tampoco podía olvidar que este príncipe era cuñado del conde de Módena: recordaba también todos los favores que su madre la duquesa de Berry había recibido de Francisco IV, padre del duque. La combinación no podía dar buen resultado, por lo cual se desistió de ella, y Farini, más y más audaz, no encontró obstáculos en su camino.

LXIX

LAS ROMAÑAS

Dase el nombre de Romañas á los territorios que componían las seis Legaciones en los Estados de la iglesia: Velletri, Urbino y Pésaro, Forli, Bolonia, Rávena y Ferrara. Cuando estalló la guerra de Italia, Roma tenía guarnición francesa y las Romañas la tenían austriaca. Los Estados de la Iglesia eran un terreno neutral, en donde los ejércitos austriaco, francés y piamontés no debían combatir. Mientras duró la guerra, no ocurrió en la Ciudad Eterna ningún disturbio, ni hubo ninguna manifestación. Manteníase allí el orden á la sombra de la bandera de Francia, y Pío IX no tenía absolutamente nada que temer. Las Romañas habrían permanecido también tranquilas, si los austriacos hubieran seguido ocupándolas, como tenían el derecho y el poder.

Se ha acusado mucho á Napoleón III de haber sido el autor de la anexión de las Romañas al reino de Víctor Manuel. No cabe negar que contribuyó mucho á ello; pero creemos que más contribuyó tal vez el emperador de Austria. Haciendo que sus tropas evacuaran las seis Legaciones en los días 11 y 12 de junio, dejó el campo libre á la revolución y él mismo puso término á la influencia austriaca, no sólo en los Estados de la Iglesia, sino también en toda la Italia central. Era en efecto evidente que si el Papa perdía las Romañas, el gran duque de Toscana y los duques de Parma y Módena quedarían destituidos.

Tan luego como las tropas austriacas evacuaron á Bolonia, se arrancaron los escudos pontificios, y una junta en la que figuraba el marqués Joaquín Pépoli, nieto del rey Murat y primo de Napoleón III, proclamó la dictadura de Víctor Manuel. Imola, Forli, Faenza, Ferrara y Rávena siguieron el ejemplo de Bolonia, y el Papa perdió todas las Romañas, que no volvería á recobrar.

Víctor Manuel no se atrevió desde luego á asumir la dictadura; contentóse, pues, con tomar un sesgo y nombrar comisario al marqués de Azeglio, el que en 1845 había publicado el célebre folleto *I Casi delle Romagne*. Después de los preliminares de Villafranca el rey se creyó obligado á llamarlo; pero este llamamiento era una aña-gaza. Azeglio, en lugar de concentrar sus tropas para la evacuación, como se lo prescribían sus instrucciones, las distribuyó en las antiguas guarniciones austriacas, puso una numerosa en Bolonia y en seguida delegó sus poderes en su jefe de Estado mayor, el coronel Falicón, que gobernó en su sustitución. De regreso en Turín dijo al rey: «Señor, he desobedecido á